

João do Norte

La Emboscada

João do Norte es el pseudónimo de Gustavo Barroso, uno de los espíritus dilectos del Brasil contemporáneo. Pertenece a la Academia Brasileira de Letras, de la cual es secretario; tiene una singular vida política; y es un gran amigo de Chile, tanto, que prepara actualmente una serie de conferencias sobre nuestra literatura. He aquí la causa inmediata,—ya que la permanente sería la de su valer indiscutible como escritor,—de que hayamos pedido a nuestro colaborador Mariano Latorre la traducción del sobrio y vigoroso cuento que damos a continuación.



A pesar de haberle prevenido con pruebas inequívocas, sus buenos amigos, de que Ignacio de Albuquerque había puesto asesinos en el transcurso que debía recorrer del Umary al Iguatá, Esteban Matos no desistió de la resolución que había tomado. Ir hasta aquella ciudad del interior, cruzando el desierto inhospitalario, significaba para él un compromiso de honor. Había prometido a la firma Ricarte

Hermanos saldar sus deudas el día 30 del mes. Sus negocios de ganado en Piedras del Fuego, habían dado ganancia suficiente. Poseía, pues, el dinero para pagar las letras que los Ricarte tenían en su poder. Ellos le habían proporcionado aquella suma para salvarlo de una situación difícil en sus negocios. Había puesto al día sus compromisos y sólo le restaba saldar esa obligación. No habría, pues, fuerzas humanas capaces de hacerle desistir de su propósito. Ni siquiera aceptaba la idea de mandar pagar con otro. Iría personalmente, para demostrar a la firma que era hombre de palabra, y para demostrar a Ignacio que no temía a sus asesinos traicioneros ni a su venganza mezquina.

La mujer se arrojó llorando a sus pies; los hijos pequeños le suplicaron en vano. Decidió la fecha de su partida. Dió órdenes severas para dar de comer una buena ración de maíz a su caballo y preparar un fiambre para la travesía. Valiente, honesto y franco, no le temía a otro hombre. Es verdad que de un tiro certero en una emboscada nadie estaba libre. Pero él sabía bien «dónde vivían los pájaros». Era vaquero viejo, conocedor de guaridas y al cabo de todas las trampas. Anduvo mucho tiempo tras de bandoleros, guiando destacamentos. Tenía plena confianza en sí mismo.

El día marcado, siguió viaje. Partió de madrugada, pero sin ocultarse en las breñas, ya que alguno debía estarlo espiando para luego ir a llevar la noticia a los asalariados de la emboscada. Paró fuera de la villa, en casa de Matías Florindo, escondió su caballo en el molino y allí se quedó charlando con el amigo hasta que entrara la noche. Protegido por las sombras siguió via-

je, llevando el animal al paso y la carabina de repetición atravesada sobre el arzón de la silla. Abandonó el camino y se internó en el monte, guiándose por las estrellas rutilantes, que veía por la ramazón rala de los árboles. Tenía miedo de la luna. Esa noche aun saldría tarde; pero al otro día más temprano, y al otro más temprano aún.

Cuando la luna aclaró el monte, ya la madrugada anunciaba el día. Se apartó aún más del camino que seguía paralelamente, que lo veía algunas veces por entre los troncos lisos. En un paraje rodeado de «mandacarús» y «umburanas», donde el pasto verde y succulento cubría el suelo, desensilló el caballo y lo ató a un tronco por el cabestro. Después hizo una cama con su recado y se adormeció al pie de los árboles. El sol estaba alto cuando se despertó.

Así viajó una noche más y un día. A la tercera noche de viaje la luna salió muy temprano. Aquello contrarió sus planes. Con mayor razón, cuando en aquellos lugares abundaban las plantas parásitas que se enredaban a las frondas espesas del monte, amén de lo accidentado del terreno, lleno de barrancos, piedras y fosos, que no tuvo más remedio, después de explorar el monte en distintas direcciones, que volver al camino, lento, de oído atento y ojo avizor.

La luz de la luna se filtraba a través del follaje y se deslizaba por los troncos, transformando las resinas en transparentes lágrimas de luz. Altas, inmóviles, las frondas de los árboles se destacaban en la claridad del cielo. Las aves, llamadas «madres de la luna», carcajearon a lo lejos, muy a lo lejos.

Los ojos expertos de Esteban notaron que en una «gamelleira» grande, entre dos ramas que formaban una horqueta, las hojas eran tan tupidas que por ellas no se filtraba la luz de la luna. Paró su caballo y apuntó con su carabina para aquel obscuro follaje, con la desconfianza instintiva que traía y para el caso de que tras de las hojas estuvieran escondidos los asesinos que lo esperaban. El tiro partió y su eco resonó entre el monte. Y un cuerpo de hombre cayó desde lo alto, agitando sus brazos hasta golpear el suelo blanco por la claridad de la luna.

Desde lo alto de un árbol, más distante, se oyó una voz de hombre, dura y cortante, en el silencio de aquella soledad.

—¿Lo mataste, chico?...

Esteban se estremeció. La emboscada era de dos. ¿Qué hacer? Si hablaba, el bandido le conocería la voz y huiría a prevenir al amo vil la muerte del compañero. Si no respondía, el miserable desconfiaría, y trataría de espigar lo que pasaba, e iría, asimismo, a sembrar la alarma entre la chusma encanallada de los bandidos de Ignacio, el cual, desde su propio escondrijo, tal vez podría matarlo de un tiro certero. Su indecisión duró un instante. Su sangre fría, ante el peligro, lo salvó, ayudada por la fertilidad de su espíritu aguzado y todo sutilezas. Por eso se limitó a soltar un silbido largo y discreto, llamando al otro.

—Fa-fi-i-i-ó-ó-ó...

Rápidamente desmontó del caballo y quedóse de pié, con la carabina preparada, en medio del camino iluminado, ante el cuerpo del bandido. El otro bajó caute-

loso del árbol. Al verlo, Esteban llevó el arma a la cara. El tiro partió y el bandido cayó de rodillas dando un grito. Después rodó de bruces sobre el barro, estremeciéndose algunos segundos. Luego se quedó inmóvil.

A su grito, sólo respondió el eco. Ni una voz resonó en las espesuras del monte o bajo las frondas de las «uncaryseiras». Un gran silencio flotaba en aquel ambiente lleno de claridad lunar.

Luego, Esteban montó a caballo, encendió un cigarrillo y partió al galope por el camino.